

FORMAR MÍSTICOS Y PROFETAS

Luis A. CASALA, S.M.

*Maestro de Novicios del Noviciado Marianista
Latinoamericano en Santiago de Chile*

INTRODUCCION

¿Es posible “formar” místicos/as y profetas?

Es conveniente y necesario preguntarse si los místicos y profetas pueden ser “formados”. ¿Son los místicos y los profetas “productos terminales” de los procesos de formación? ¿Garantizan las herramientas más modernas que tenemos en la formación, que los jóvenes formandos resulten místicos y profetas? ¿Son acaso nuestras casas de formación “escuelas de mística y profecía”? Aunque los/as formadores/as fuéramos místicos y profetas (¡ojalá!), ¿ello garantiza que los formandos lo sean?

Los interrogantes podrían seguir sumándose. Lo que subyace tras ellos es la convicción absoluta de que es el Maestro, el Espíritu, el que los puede formar. Pero también la convicción muy clara de que algunos procesos formativos pueden facilitar que entre nosotros, de nuestros jóvenes¹, surjan místicos y profetas. Más aún, la vida religiosa no tiene futuro sin ellos.

Una adoración necesaria

Hay que tener cuidado para evitar alguna trampa en la que podemos caer sin querer. La mística y la profecía no son patrimonio exclusivo de la vida consagrada. La vida consagrada no es ahora un “estado de místicos y profetas”, como antes era un “estado de perfección”. Aunque hayamos barrido y limpiado bien la casa para desprendernos de todo privilegio y para sentirnos en pie de igualdad con todo el Pueblo de Dios, siempre se nos puede colar por la ventana “la excelencia objetiva” de nuestra vida. Y si algo mata a la mística y a la profecía, es el “profesionalismo”, pretender constituir una “casta” de místicos y profetas. ¿Acaso no suena un poco raro decir o escuchar “yo me estoy formando para ser un místico”, “yo me formo para ser profeta”? Porque el indispensable “humus” en el que germinan ambas (mística y profecía) es la “humildad”.

***La finalidad del proceso formativo es “transfigurar” las personas,
para que reflejen con mayor transparencia
la presencia viva de Jesús en la historia.***

I. LA FINALIDAD DE LOS PROCESOS FORMATIVOS

Entiendo la vida consagrada como un camino, una forma de vida cristiana en la que se intentan reproducir algunas opciones muy significativas del Jesús histórico. Sin entrar en muchas

¹ En los últimos tiempos, dice Dios, derramaré mi Espíritu sobre todos: vuestros hijos e hijas profetizarán, vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños: también sobre mis siervos y mis siervas derramaré mi espíritu aquel día y profetizarán” (Hechos 2,17-18).

disquisiciones, la vivencia (que no automáticamente la “profesión”) de los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia (CPO), nos permite acercarnos al modo de existencia de Jesús. Eso es lo que intentamos. Si nuestra opción por la CPO nos facilita seguir a Jesús, si visibiliza en nuestro mundo alguna de sus grandes opciones vitales, los votos adquieren sentido.

La finalidad del proceso formativo es “transfigurar” las personas, para que reflejen con mayor transparencia la presencia viva de Jesús en la historia. Y sabemos bien que la CPO no son fines en sí mismos, sino que adquieren valor y sentido en función del Reino.

Yendo un poco más al fondo de la cuestión. Este modo de vida cristiana y el proceso formativo que “inicia” en él, debería llevarnos a experimentar el modo de relación de Jesús con su Padre (Abbá), dimensión mística, y el modo de Jesús de comprometerse con la causa del Reinado de Dios, dimensión profética.

II. PARA LLEGAR A SER MISTICO/A

Desde luego que ser místico -no entro en detalles que son objeto de otros estudios²- no es un fenómeno “extraño”, ni significa vivir fuera de la realidad, como sin pisar la tierra. La mística, dicho muy simplemente, consiste, básicamente, en tener una profunda experiencia de Dios. Y no hay experiencia de Dios sin “contacto” con Dios. Y no hay “contacto” con Dios, sin “contacto” con nosotros mismos, con los hermanos, con todos y todas, con la naturaleza.

Voy a señalar algunas tareas que a mi parecer deben tenerse particularmente en cuenta en los procesos formativos para ponerse en condiciones de “ser místico/a”, algunas herramientas que me parecen fundamentales, aunque, como ya dije, no garanticen automáticamente el éxito del intento³.

1. Autoconocimiento

El primer “contacto” es el contacto con nosotros mismos. La primera tierra que hay que pisar es la tierra sagrada de la propia historia. Conocernos. Conocer nuestras fortalezas y nuestras heridas; integrar (y, si se puede, “sanar”) las heridas; aprender a reconocer la multitud de voces que nos llegan de dentro; saber poner nombre a lo que sentimos; ir desarrollando la capacidad de integrar, encauzar nuestras pulsiones y pasiones...

Este trabajoso proceso de “auto-conocimiento”, que no es una tarea meramente “intelectual”, este “piso” (mínimo) de “salud mental”, esta espiritualidad que se gesta “desde abajo”, es la condición *necesaria*⁴ para que la experiencia de Dios sea auténtica.

¿Cómo reconocer la voz de Dios si no tengo una conciencia básica sobre las voces que me vienen de mis heridas, sobre las voces que han instalado dentro mío mis padres, hermanos,

² Recomiendo el libro de José María Arnaiz, de reciente edición a través de PPC. Madrid: “Místicos y profetas: indispensables e inseparables en nuestros días”. Son un excelente marco para las reflexiones que yo intento compartir desde el punto de vista de la formación.

³ Hay que decir que muchas de las pistas que señalaré para “formar místicos/as”, valen exactamente igual para “formar profetas”.

⁴ Cuando enfatizo “necesaria”, al mismo tiempo quiero indicar que no es “suficiente”.

maestros, catequistas...?

¿Cómo encontrarme con el Dios verdadero si no tengo un mínimo de claridad acerca del “cristal” con que miro a los demás y a Dios mismo, evitando todo tipo de “proyecciones”?

¿Cómo conocer los grandes deseos y gustos de Dios, si no tengo claridad sobre mis propios deseos y necesidades?

¿Cómo distinguir aquello que viene del Espíritu, y de la libertad que el Espíritu regala a los que tienen la osadía de dejarse conducir por El, de lo que nace de mis gustos y caprichos?

¿Cómo entender y vivir el misterio de la Encarnación si no valoro y me he reconciliado con mi cuerpo?

¿Cómo acompañar a Jesús hasta la Cruz si no enfoco bien el tema del dolor y el sufrimiento en mi vida?

¿Cómo experimentar el amor de Dios, su misericordia, si no he hecho un camino básico de autoperdón y de sanación del “sentimiento de culpa malsano”?

Creo que hoy los formadores contamos con muchas herramientas, pienso por ejemplo en el Eneagrama, para facilitar este autoconocimiento.

2. Capacidad de hacer silencio

Es un prerrequisito de todo proceso serio de crecimiento y maduración personal. No solo como condición de escuchar a Dios, sino de poder escuchar las voces que surgen de otros lugares dentro de nosotros mismos.

Me refiero al “silencio integral”: silencio de la palabra, de la imaginación, de la mente, de las pasiones, del “cuerpo”. Un silencio que no es “represión de”, sino que constituye el “ambiente pacífico y amigable” en el que pueden engendrarse y surgir las cosas hondas, las palabras con sentido. Un “silencio para” el encuentro consigo mismo, con los hermanos, con Dios.

¿Cómo dialogar si no hago silencio para escuchar empáticamente?

¿Cómo preservar la propia intimidad si me dejo invadir por tantos ruidos que me llegan de todas partes, en esta sociedad llena de “mensajes voladores”?

¿Cómo discernir si no puedo dejar de “pensar”, para estar atento al “sentir”, a las sensaciones que “vehiculizan” el lenguaje de Dios a través de mociones y desolaciones?

3. Purificar la imagen de Dios

El proceso formativo debe otorgar las herramientas, ofrecer los espacios necesarios, para purificar la imagen de Dios que trae el candidato. Sin duda es este un proceso que dura toda la vida. Pero cuando se pretende que “*Dios nos llama*” a un determinado estilo de vida, es importante estar seguro de qué “*Dios*” se trata. Y no cabe duda que creemos que nos llama el

“Dios de Jesús”. Para llegar a conocer al Dios de Jesús, el camino es Jesús. Dios es Jesús⁵. Trabajar para erradicar los “fetiches” de Dios que nos hemos fabricado o en los que hemos sido educados; detectar las proyecciones, supuestamente inconscientes, de nuestros deseos insatisfechos en eso que llamamos “dios”: des-construir un aparato religioso que nos es funcional para darnos explicaciones acerca de muchas cosas; y entrar en el camino de la fe y de la noche oscura, penetrar en el “misterio”... son los desafíos que se tienen por delante.

¿Cómo lograrlo sin una Cristología seria?

¿Cómo conocer a Dios si no aprendemos a leer, valoramos, rumiamos su revelación en la Escritura?

¿Es posible sin experiencias de desierto y soledad? ¿Sin aceptar que debemos pasar por profundas y sanadoras crisis?

¿Puedo conocer al Dios bíblico sin una gran sensibilidad por la historia?

***“Trabajar para erradicar los
‘fetiches’ de Dios que nos
hemos fabricado o en los que
hemos sido educados”.***

4. Capacidad de discernir

Se supone que un místico es alguien que tiene una sintonía muy especial con el Espíritu. En la formación, que es un tiempo fuerte de discernimiento para conseguir situarse en ese lugar donde el Deseo de Dios se encuentra con mis deseos más profundos, aprender a discernir es capital. Pocas cosas son más importantes que ello, al menos en esta etapa de la vida. Y seguramente será siempre muy importante. Porque en una sociedad pluralista los puntos objetivos de referencia, además de ser escasos, no se identifican fácilmente; no existen muchas “ideas claras y distintas”; y los resguardos institucionales son cada vez menores. ¿Cómo sobrevivir, muchas veces a la intemperie, sin una gran capacidad de autonomía cuya brújula evangélica solo puede brindarla el discernimiento espiritual?

La mistagogia, que pretende introducir en el misterio de Dios para lograr un encuentro que nos “fusiona” con El, debe ofrecer las herramientas necesarias para que se aprenda a distinguir lo que viene del Buen Espíritu y lo que viene del Malo.

No hay en la Iglesia una “técnica única” de discernimiento. Sin duda, Ignacio ofrece una pedagogía y nos ha regalado una síntesis que es difícil de superar.

¿Podemos formar en el discernimiento si la formación no ofrece a los jóvenes espacios para elegir y decidir?

⁵ Ver “Jesús, persona y proyecto”, de José María Castillo. Cuadernos de Espiritualidad del Centro de Espiritualidad Ignaciana de la compañía de Jesús en Santiago de Chile. Cuaderno N^o 126, marzo-abril 2001.

¿Cómo formar en el discernimiento si exageramos el “polo de la obediencia”, si nos contentamos y nos sentimos más tranquilos y seguros con jóvenes conformistas, sumisos y sin ideas propias?

Como contraparte, ¿es posible discernir sin “cotejar”, sin dejarse acompañar, sin una verdadera actitud de discípulo?

Ya señalé la importancia del “lenguaje corporal”, al menos en el método ignaciano que nos propone reconocer lo que viene del Bueno y lo que viene del Malo, a partir de las “sensaciones” que experimentamos.

5. Valorar lo cotidiano

La vida nos forma. Nos formamos para la vida. Un místico de hoy no se forma solo en la capilla de la comunidad, aunque será difícil que lo sea si no la frecuenta. Un místico cristiano nace, crece y se desarrolla en lo concreto de cada día. Porque la experiencia cristiana es una experiencia encarnada. Dios está en la cocina, en el jardín de la comunidad, en los encuentros comunitarios, en la mesa de la Eucaristía y en la mesa en la que compartimos el pan cotidiano, en la señora que trabaja en la comunidad y en el que toca la puerta; en el huésped nos visita el Señor... Los místicos pueden ser “teólogos” o no⁶. Y desde luego sería muy bueno que los teólogos fueran místicos. Pero un místico no se forma llenando la cabeza con conocimientos, sino más bien llenando el corazón y los gestos concretos de cada día de amor. Poner amor en lo pequeño, en lo insignificante, en lo oculto, en el servicio minúsculo..., por ahí pasa la formación y el crecimiento del místico. Porque la experiencia mística consiste en poner la morada en Dios, o en que Dios ponga su morada en nosotros, y esto acontece cuando “permanecemos en el amor”. Y ese amor debe irradiarse en cada momento, relación, actividad...

“La experiencia mística consiste en poner la morada en Dios, o en que Dios ponga su morada en nosotros, y esto acontece cuando permanecemos en el amor”

¿Valoramos lo pequeño de cada día, o seguimos dando prioridad consciente o inconscientemente a los cursos, a la formación meramente intelectual, a las experiencias extraordinarias?

¿Hemos sido capaces de generar entusiasmo, de ofrecer motivación para realizar con gusto, con amor, con sentido las tareas cotidianas, los servicios domésticos? ¿O resulta un mal menor tener que ocuparme y “perder tiempo” en estas cosas sencillas por donde la vida pasa, donde la vida se realiza y se celebra?

¿Nos damos el tiempo para vivir el presente, para llenar de sentido este “hoy”, o vivimos encandilados por grandes ideales y proyectos, soñando con el futuro, dando la impresión que la formación es una etapa que hay que pasar, el “precio que hay que pagar” para ser religioso/a?

¿Se disfruta, se celebra, se agradece esta etapa de la vida?

⁶ Aunque no cabe duda que nadie puede hablar mejor de Dios que un místico, y eso es “teología”, aunque la formulación del conocimiento carezca de un tinte académico.

¿Se “vive” o se “sobrevive” en nuestras casas de formación?

III. PARA LLEGAR A SER PROFETA

Necesitamos profetas. Todos lo somos por el bautismo. Pero esta dimensión constitutiva de nuestra vida cristiana está demasiado aletargada. ¿Será que no abundan los profetas porque no abundan los verdaderos místicos? Difícil que un auténtico místico no sea profeta⁷. Imposible que un profeta auténtico no sea místico. De más está decir que cuando hablo de profecía no me refiero solo a “palabras proféticas”, sino a “vidas proféticas”. Algunos aspectos a tener en cuenta para facilitar el surgimiento de profetas entre nosotros serían⁸:

1. Contacto con la realidad

El profeta anuncia y denuncia. Es “voz de Dios” para “esta generación”, para este momento concreto de la historia que vivimos. Así como el místico debe enterrar sus pies en su propio barro, en su realidad, el profeta debe enterrar sus pies, estar bien enraizado, en la historia, en su cultura. No puede decir una palabra “significativa” si no conoce el lenguaje de los suyos, si no conoce sus aspiraciones y deseos más profundos, si no tiene una especial sensibilidad por las necesidades del mundo y de la Iglesia; y si ese “contacto” con la realidad no le “duele”. No basta un conocimiento sociológico o científico del mundo en que vive. Debe estar conectado cordialmente con él.

¿Nuestras casas de formación están en el mundo sin ser del mundo?

¿Nuestros procesos formativos tienen en cuenta, valoran como una parte esencial para la formación el contacto con la realidad, con el ambiente, con los vecinos...?

¿No persiste acaso todavía cierta desconfianza del mundo, aunque nos riamos de las “reglas de precaución y reserva” (que no estaría mal reescribir y reactualizar para evitar ingenuidades que nos han costado tan caro)?

¿Cómo formar profetas (y misioneros) para el mundo de hoy si no se conoce el mundo de hoy?

¿Basta una formación intelectual, teórica, sin “mojarse”, sin tocar, oler, mirar...?

¿Qué lugar ocupan en nuestros programas de formación el buen uso de los M.C.S.?

2. Contacto con los pobres⁹

Los pobres no son simplemente aquellos en nombre de los cuales el profeta debe hablar. No se

⁷ Aunque en honor a la verdad hay que decir que también Caifás profetizó, Juan 11, 51. Y hasta una burra pueda tener visiones y hablar en nombre del Señor, Números 22, 20-35.

⁸ Doy por descontado que el profeta debe tener una auténtica y rica experiencia de Dios. A esto me referí en el apartado anterior.

⁹ Creo que es bueno considerar que junto con el contacto con situaciones de pobreza material, económica, también es de un gran valor el contacto con situaciones de “pobreza humana” enfermos terminales, discapacitados, enfermos mentales, drogadictos,...

trata de ser “la voz de los sin voz”. El auténtico profeta se identifica con la suerte de los pobres, comparte su vida, tiene amigos entre ellos y ve en ellos a Jesús. En ellos encuentra al Dios de Jesús que vive la pasión y sigue siendo crucificado.

¿Cómo imaginar siquiera a un auténtico profeta sin una profunda sensibilidad por los pobres, por las situaciones de exclusión y de injusticia, sin que le hierva la sangre frente al mal que se sigue ensañando con el inocente?

¿Cómo vivir la opción por los pobres sin que ella sea teórica o ideológica, sin haberse dejado evangelizar por los pobres?

¿Cómo lograr esto si en la formación no hay tiempos largos de contacto e inserción entre los pobres?

3. El sueño de Dios - los “gustos” de Dios

El profeta nos recuerda constantemente cuál es el sueño de Dios, cuáles son sus “gustos”, lo que a El le agrada, su voluntad amorosa.

No puede darse la profecía sin haber penetrado en la mente y en el corazón de Dios. Sin haberse contagiado de su alegre misericordia y de su mayor deseo: “que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1 Tim 2, 4).

*“Nuestra fe nos compromete con el ‘Dios de la Promesa’,
el Dios que invita a caminar, que abre senderos en el desierto
y una ruta por el mar; que desinstala e
invita a arriesgar”.*

La formación tiene que ofrecer una pedagogía de la oración que lleve al encuentro personal con el Dios de la Vida. Una pedagogía que lleve de la meditación a la oración y de la oración a la contemplación.

Fácilmente oramos repitiendo palabras y más palabras, sumando consideraciones piadosas y más consideraciones piadosas. Sin dar lugar al silencio para acoger lo que el Señor quiera revelarnos. Sin tratar de sentir lo que Dios siente, y mirar como Dios mira. No hay duda que para ello hizo falta ese trabajo previo de autoconocimiento y de purificación de la imagen de Dios.

¿Ofrecen nuestros programas formativos y la organización del tiempo de cada día, la posibilidad de entrar quietamente en el misterio de Dios?

¿No quedamos a veces atrapados en nuestros programas que privilegian el estudio del carisma y de la Regla, de nuestra propia historia congregacional..., e incluso a veces, lamentablemente, apuramos la formación y nos aprovechamos de los formandos para cubrir los huecos que existen en nuestras obras y comunidades?

¿No sigue siendo la oración, muchas veces, una repetición de ritos que nos resbalan, de salmos que “no nos dicen nada”, de oraciones vocales que pretenden expresar la riqueza de nuestros

carismas, pero que no lo recrean ni reactualizan?

El sueño de Dios, su querer y su gloria, es que “el hombre viva”. ¿Cómo se relacionan “oración y vida” en nuestra experiencia cotidiana?

¿Es nuestra oración una experiencia desde la cual salimos a hablar de “lo que hemos visto y oído”?

4. Esperanza y futuro

El profeta es un hombre que, fiel a la historia (a la memoria de su pueblo), se enraíza en el presente y mira hacia el futuro. Su talante está signado por la esperanza. Sus energías están focalizadas por el Proyecto de Dios, su Reinado, que da sentido a la entrega de su vida. No es fácil hoy entusiasmarse con un “proyecto de futuro”. No es fácil intuir por dónde puede concretarse históricamente el Reinado de Dios, aunque asumamos que siempre habrá tensión y diferencia entre lo que construyamos en la historia y la “nueva Jerusalén” que baja del cielo. El talante “escéptico” frente a las utopías se halla en los jóvenes y en los no tan jóvenes que han visto frustradas tantas “ilusiones”.

Sin embargo, nuestra fe nos compromete con el “Dios de la Promesa”, el Dios que invita a caminar, que abre senderos en el desierto y una ruta por el mar, que desinstala e invita a arriesgar.

¿No hay demasiada “seguridad” en nuestras casas de formación?

¿No hay demasiado doble mensaje entre nuestra “profesión de pobreza” y la forma en que vivimos?

¿No hay demasiados miedos frente a los cambios, innovaciones, experiencias..., tal vez porque en el pasado algunas nos hayan fallado por las razones que sean?

¿Cómo cultivar la virtud de la esperanza, si lo que esperamos se ha “achicado” tanto, si en un “ataque de realismo” hemos aprendido a conformarnos con tan poco, si no tenemos un proyecto o una misión congregacional que entusiasme, convoque, despierte las mejores energías de todos?

CONCLUSION

Quiero traer a María a nuestra reflexión. Sin duda ella sabe de educar místicos/as y profetas. Al menos en esta escuela educó a nuestro Hermano mayor. Sin embargo, la “mística” y la “profecía” no son dos “atributos” que frecuentemente se le asignen. Pero es difícil encontrar una mejor síntesis entre mística y profecía que el Magníficat que ella proclama embarazada de Jesús y llena del Espíritu Santo.

El Magníficat le brota de sus entrañas. Atesora lo mejor de la memoria religiosa de su pueblo, expresa lo que ella vive y siente en el presente, preanuncia lo que Dios quiere hacer en la

historia. Es una oración de agradecimiento y alabanza que “la saca de sí”¹⁰, pero al mismo tiempo revela que tiene una profunda conciencia de sí (de la humildad de su servidora). Por eso los religiosos del futuro, si son místicos, y profetas, serán hombres y mujeres del Magnificat.

Para la reflexión

- 1. ¿Qué opinas de las tareas que el autor señala como importantes para que la formación ponga en condición de ser místico/a?*
- 2. Según tu opinión, ¿a qué se debe que la dimensión profética de nuestro bautismo esté tan aletargada?*

¹⁰ Toda auténtica experiencia mística “saca de uno mismo” sin “alienar”. Impensable una auténtica experiencia mística en alguien que viva centrado en sí mismo.